



Patronato de la Alhambra y Generalife  
**CONSEJERÍA DE CULTURA**

***La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.***

***De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.***

***En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.***

***El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.***

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife  
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos  
18009 GRANADA (ESPAÑA)***

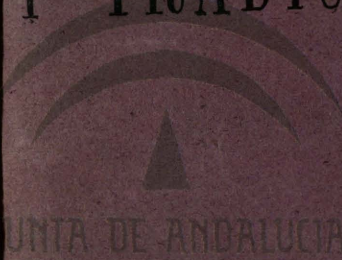
***+ 34 958 02 79 45***

***[biblioteca.pag@juntadeandalucia.es](mailto:biblioteca.pag@juntadeandalucia.es)***

AFÁN DE RIBERA.

LEYENDAS

Y TRADICIONES GRANADINAS.



REPOSICION DE  
CONSEJERIA DE

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA
Est. A-1
Tabl. 2
Nº 103



GRANADA.

Imprenta de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.

1887.



JUNTA DE ANDALUCIA

PRECIO,  
**CUATRO REALES.**

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



0.78

112A  
114

LEYENDAS

Y

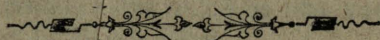
# TRADICIONES

POR EL EXCMO. SR.

D. ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.



Donativo del Sr. Conde de Romanones á la Biblioteca de la Alhambra. 1909



GRANADA.

Imprenta de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.  
1887.

---

# EL PALACIO DEL HARMÉS.

## Tradición.

### I.

En un ángulo de la plaza de *Bib-Eleccet*, existía por los años de 1491 un palacio suntuoso, adornado con todo el primor de la arquitectura arábiga. Techos de nácar y oro, ajimeces calados como encaje, y esbeltas columnas de marmol negro, en cuyos capiteles y frisos se ostentaban entre preciosas grecas, dísticos y leyendas en caracteres africanos, formaban sus principales adornos.

Lo vivía su dueño, un moro insigne y piadoso, llamado Aben-Abdalá-El Harmés, más conocido por este último nombre. Riquísimo comerciante y pariente de Alí-Dor-dux el de Málaga, estaba penetrado con harto dolor de su alma, del fin próximo de la dinastía musulmana.

Desde el último combate en que por causa del pánico de la infantería, pereció lo más escogido de los caballeros granadinos, la plebe hambrienta y despechada, tenía en continua zozobra á las personas de valer y de posición. Por otra parte, el castigo impuesto por los conquistadores á las ciudades que habían extremado su resistencia, les obligaba á pensar la manera de sufrir menos en la terrible desgracia que les acontecía.

Así es, que su palacio era frecuentado por muchos importantes y pacíficos ciudadanos, comisionándolo por último á que solicitase una audiéncia de Boabdil, para exponerle el estado angustioso en que se veían.

No fué esta la última que celebró con el desventurado monarca, en unión de otras personas de valimiento, del alcaide Abul Cacin, del wacir Aben Comixa y del Cadí. La ley de la fuerza se impuso, y con Gonzalo de Córdoba y el Secretario Hernando de Zafra se trataron las treguas y capitulaciones.

Para enterarlos de tan interesantes particulares, al medio día del 5 de diciembre del dicho año, se hallaban congregados en el salón principal, inñinidad de sus amigos y allegados.

Después de lamentar, como es consiguiente, la ruina de la patria y de invocar el fatalismo para conformarse con su suerte, la mayor parte que no eran del partido

belicoso, ni se hallaban dispuestos á abandonar sus bienes y comodidades emigrando á otros países, desearon conocer lo que podrían esperar de sus vencedores.

—La impaciencia nos devora, le dijeron, ¿habeis logrado copia de las condiciones?

—Son más favorables que ninguna otra de las obtenidas hasta aquí. Verdad es, que se llevan el último baluarte de nuestra raza. Y dos lágrimas de fuego cayeron en el pergamino. Escuchadlas y juzgareis.

«Sus Altezas, (los reyes Fernando é Isabel) por sí y á nombre de sus descendientes, se obligan á respetar para siempre jamás los ritos musulmanes, sin quitar las mezquitas, torres de almojedanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se apliquen á la conservación del culto mahometano; y si algún cristiano entrase en las mezquitas sin permiso de los Alfaquis será castigado.

»La justicia continuará administrada entre moros por jueces musulmanes y con arreglo á sus leyes, y todos los efectos civiles, relativos á herencias, casamientos, dotes, etcétera, continuarán atemperados á sus buenos usos y costumbres.

»Los alfaquis continuarán difundiendo la instrucción en las escuelas públicas, y percibiendo las limosnas, las dotaciones y rentas asignadas á la instrucción, con absoluta independencia é inhibición de los cristianos.

»Cualquier moro de Granada y de la Alpujarra, que estuviese ausente podrá someterse al tenor de estas capitulaciones, en el término de tres meses, y ningún renegado podrá ser molestado ni insultado por su conducta pasada.

»Los moros que tuviesen por mujer alguna cristiana que se hubiese tornado mora, no serán violentados para divorciarse, salvo si la esposa manifestase libremente, ante una comisión de moros y cristianos, que deseaba reconciliarse con su religión primitiva; y los hijos de estos matrimonios quedarán libres para seguir la religión que les aconsejase su conciencia.

»Si alguna mora, enamorada de cristiano abandonase la casa de sus padres, tutores ó parientes, con ánimo de casarse, llevándose ropas ó alhajas que no fuesen suyas, será depositada y amonestada, y las prendas sustraídas serán devueltas á sus dueños, procediendo contra la culpada, si hubiese meritos para ello.

»A nadie se podrá exigir cosa alguna apresada en las guerras anteriores; pero las deudas se realizarán, y los contratos se llevarán á puro y debido efecto.

»Los judíos de Granada y de la Alpujarra gozarán de todos los beneficios de esta capitulación.

»Ningún caballero, amigo, alcaide ni criado del Zagal obtendrá mando ni cargo de gobierno sobre los moros de Granada.

»Las contestaciones y litigios entre moros y cristianos se decidirán por jueces de ambas partes.

»Habrá entrega reciproca de cautivos moros y cristianos.

»Las acequias de aguas limpias para el surtido de la ciudad serán guardadas, para que ningún cristiano ni moro lave ropa ni arroje inmundicia, bajo pena severa.

»Los alguaciles y almotacenes moros continuarán en el ejercicio de sus funciones, sin que sea lícito á los cristianos alterar estos oficios; las abacerías y carnicerías de

«los moros estarán apartadas de las de los cristianos, y si alguno mezclase carnes vedadas, será castigado» (1).

Cuando se concluyó la lectura, los oyentes con la cabeza inclinada demostraron el más profundo dolor.

—Ya se perdió la Damasco de Occidente.

—Ya se ha hundido en el polvo el trono de Alhamar el Magnífico.

—Alá lo ha permitido, cúmplase el destino.

Tales eran las frases que se escapaban de todos los labios.

—¿Pero estos contratos, se respetarán por los orgullosos conquistadores? preguntó Soleiman, el *Xelife* mayor ó maestro del arte de la seda.

—Hay que creerlo así de esa hidalguía castellana que tanto invocan, le respondió Abraham, el judío que guardaba en sus almacenes los más ricos perfumes y las más preciadas telas del Oriente.

De pronto se oyó un ruido espantoso, y el barrear de las puertas exteriores y el apercibirse los servidores á la defensa.

Algunos guijarros penetraron en el salón, rompiendo las cubiertas de cristales de colores del patio.

—Mueran los nobles, perezcan los ricos, ahorquemos á los traidores. Tales eran las voces que daba una plebe vil y mugrienta que engrosaba por momentos.

Los congregados se asomaron á una elevada celosía.

—Es el santón, que habita en la cueva de las faldas del Generalife, quien predica á las turbas, dijo el Harmes, quieren saquear y despues apoderarse de la Alhambra.

—Esto complica nuestra difícil situación. Si se quebranta la tregua, las condiciones serán despues más onerosas, añadía otro rico mercader.

El dueño del palacio llamó á dos esclavos de su confianza,

—Es necesario que ese fanático desaparezca esta noche. Que se le embarque ó se encierre.

Aquellos hicieron un signo de asentimiento, retirándose despues.

Los amotinados trataban de cometer excesos, pero ante la actitud del vecindario se alejaron continuando en su vocerío.

Al dia siguiente, el instigador no pudo encontrarse, y el resto de la turba fué disuelto por los nubios de la guardia africana.

Este fué el último esfuerzo que hizo Granada en pró de su independencía.

## II.

Verificóse la reñdicion: el 2 de Enero entraron las primeras tropas castellanas á enarbolar el estandarte de la cruz, abatiendo las lunas agarenas.

No tardaron en cumplirse las predicciones y temores de los vencidos.

Meses despues, á despecho de los tratados, empezaron á olvidarse las cláusulas solemnes, hasta la total expulsión del reino de los infelices moriscos.

---

(1) Lafuente Alcántara, tomo 4.º

El Harmeiz, vió con pena convertirse la mezquita que daba frente á su palacio, en la hoy iglesia de San Nicolás, prohibirles el uso de sus armas y trajes á sus compatriotas, y obligarles por fuerza á convertirse, por el exagerado celo religioso de Fray Jimenez de Cisneros.

Para consolar en parte tantos males entregó la mitad de su fortuna á sus deudos, enviándolos á Trípoli, y lo restante lo repartió entre los pobres de su raza. No sobreviviera á tantas catástrofes, siendo llorado por vencedores y vencidos y su nombre pasó á la posteridad como el de un varón justo.

### III.

A mediados de este siglo, aún podían contemplarse algunos trozos del antiguo palacio y especialmente un resto de corredor descubierto al mediodía, donde se hallaba esta inscripción emblema de la piedad de su primitivo dueño. «Dios ha puesto una venda impenetrable delante de sus ojos, y obstáculo eterno delante de sus manos, no puede obrar, ni ver.» Y en los remates de la columnata esta sentencia: «Dios es eterno Dios, Dios es Rey, Dios impera» (2).

Hoy la casa famosa no existe, y sobre su espacio se levanta un destrozado edificio de vecinos, donde custodian su hato unos cabreros.

---

(1) Jimenez Serrano, *Libro del Viajero*.



---

# EL PATIO HONDO.

---

## Leyenda.

### I.

«Que para llegar á vos  
»(me dijisteis cierta noche),  
»era menester brillase  
»en distintos horizontes.  
»Fuí á la guerra de Flandes,  
»y gané entre sus horrores,  
»insignias de capitán  
»y ejecutoria de noble.  
»Ved, doña Luz, si es preciso  
»que más alto me remonte,  
»que alientos me da el amor,  
»para conquistar el orbe.  
»Hasta el día me hallareis  
»al pié de vuestros balcones,  
»mi corazón y el billete  
»ó se aceptan, ó se rompen.

—¿Qué amante y qué decidido!  
¿y dónde le hablasteis, dueña?

—En la esquina: le hice seña  
y dió el papel consabido.  
¿Respondereis?

—Sin falsía.

Su amor mi ventura labra:  
ha cumplido su palabre  
y debo cumplir la mía.

—¿Vuestro padre?

—Aunque severo,

gran duda no se me ofrece,  
don Lope no desmerece  
del más alto caballero.

Y prevenidle que advierta  
que del rosario en la cruz,  
le ha jurado doña Luz,  
ser viva su esposa, ó muerta.

### II

Un antiguo servidor  
del gran Felipe Segundo,  
retirado por su edad  
á más tranquilo tugurio;  
tiene en la calle de Zafra  
en un palacio su escudo:  
¿Quién dijera al moro Aibar,  
que aquel mágico conjunto  
de techos filigranados  
y de ajimeces morunos,  
llegára su dueño á ser  
un inquisidor adusto  
que tapando celosías  
á su capricho, dispuso  
herrada puerta y balcón,  
pegote en aquellos muros?  
Solo respetó un cubil,  
mazmorra en tiempos antiguos,  
sótano que á flor de tierra  
en un patinillo oscuro  
abre una trampa, que presta  
mal olor del aire húmedo.  
Don Gonzalo de Hinstrosa  
es el hidalgo á que aludó;  
una hija tiene no más,  
compaña y consuelo único.  
Y allí transcurre su vida  
cada vez más cejijunto,  
por el peso de los años,  
y por su carácter duro,

### III.

En un lujoso aposento  
de Valladolid la egregia,

un orgulloso doncé, con un servidor conversa. Debe ser interesante, pues precauciones extremas, y bajan la voz, y corren los cerrojos á las puertas. Aunque es jóven el hidalgo, y de la antigua nobleza, tiene un no sé, que repele, en su faz y en sus maneras. Parte de su mayorazgo, gastó entre el juego y las fiestas, no muy limpio con los naipes, ni muy bravo en las pendencias. Solo su alcurnia le salva, que al cabo lo consideran, como hijo de antiguo conde, rayo español en la guerra.

—No has tardado, buen Antunez, dice entregando una ofrenda, al lacayo, que le escucha inclinada la cabeza.

—Serviros mi gusto ha sido, mi gratitud es inmensa.

—Hablemos de lo importante, ¿las noticias?

—Todas buenas.

—¿Viste la dama?

—La vi.

—¿Es linda!

—Como un estrella.

—¿Sus cualidades?

—De santa.

—¿Y su atavío?

—De reina.

—¿Qué murmuran en Granada?

—Que es su más rica heredera.

—¿Y de amores?

—Nada oí.

—¿Pretendientes?

—A docenas.

—Entonces, monta á caballo y no pares la carrera con el billete en que pido con la mano de mi deuda, venturas para despues y ahora remedio á mi hacienda.

#### IV.

«Tio y señor, bien colijo  
»que es honra de gran valia,  
»lograr la súplica mia

»de llamarme vuestro hijo,  
»Mas no cause pesadumbre  
»que como buen español,  
»pretenda arrimarme al sol,  
»a que me preste su lumbre.  
»Sol puro, luciente y claro  
»es, señor, mi prima hermosa:  
»concededla por esposa.

»á D. Luis Sanchez de Haro.

Tal es la carta que lee don Gonzale en tono serio, y medita la respuesta que ha de llevarse el mancebo.

—Vuelve mañana, le dice al portador, y ese tiempo gastando este bolso empleas, aunque vayas al infierno. Con las monedas y el grito, Antunez salió corriendo, bién sabe que al fin y al cabo, los años agrían los genios.

Muy corta fué la misiva:

—«Don Luis, su palabra acepto,

»veniros en este mês,

»lo demás cargo con ell.»

Y sin más explicaciones dando un bufido al correo,

llama á Luz á su despacho

y la dice;—hablarte tengo.

He decidido casarte, con Luis, tu primo y mi deudo; cuando llegue, lo verás, que sola estés no deseo, es mozo de mi linaje y se merece mi afecto.

Atónita con la nueva quedó la niña un momento; mas descende de buen tronco y al labio no pone sello.

—Obediente para vos lo he sido, debeis saberlo; pero casarme con él nunca, que amarle no puedo.

Rojo se puso de ira, y dice el terrible viejo,

—Tomad, doña Luz, el manto que salimos de paseo.

Cuando la vió cobijada, exclama con ronco acento:

—Hola, pages, mi litera

y á Santa Isabel marchemos.

No se hablan por el camino;

ella solloza, él ni aun eso,  
y en la sala de visitas,  
es donde rompe el silencio.

—Señora abadesa, añade,  
doña Luz, mi hija, os entrego;  
ó la dais para el altar,  
ó para siempre aquí dentro.

V.

Don Luis recibió el billete  
y acto continuo viaja,  
que en realizar el consorcio,  
cifra toda su esperanza.  
Cuando escucha á don Gonzalo,  
cortés su desprecio calla,  
conviniendo en indagar  
de estos desdenes la causa.

—Mi valía y servidores  
tomadlos si os hacen falta,  
es asunto que no está  
al alcance de mis canas.

Disponed como gustéis,  
sobrino, de hacienda y casa,  
me hallo enfermo, y de coraje  
el corazón se me salta.

El joven lo tranquiliza,  
y pronto en su nueva estancia,  
con Antunez se aconseja,  
del nuevo plan de campaña.

VI.

¡Amor, que llenas el mundo,  
qué de duelos ocasionas,  
qué de tristezas motivas,  
y qué de esperanzas robas!

Don Lope cuando tocaba  
el puerto de la Victoria,  
la realidad desvanece  
sus ilusiones hermosas.

Cuanto ocurre con su amor  
en larga fecha lo ignora,  
hasta tener con la dueña  
una entrevista, aunque corta.

Entonces loco y celoso  
pasa las noches en ronda,  
las tapias del monasterio  
pensando como las rompa.

En tan ingrata tarea,  
una noche silenciosa,  
ocho embozados le siguen,  
lo amordazan y aprisionan.

Y solo escucha una voz  
juvenil, más dura y bronca,

que ordena, que *al patio hondo*  
lo lleven á la mazmorra.

Al amanecer, don Luis  
las manos con gozo frota.  
—Ó ella accede á mis deseos,  
ó su galan se evapora.

Esto le responde á Antunez  
cuando le pide la norma  
que ha de seguir con el preso  
que bajo tierra coloca.

—Que firme en este papel  
renuncia á su empresa loca,  
ó solo con pan y agua  
á irse del mundo disponga.

¡Pobre Luz, que en claustro triste  
sus penas sin cuento llora,  
los breves goces de un día  
y las dichas ilusorias!

VII.

—Ya profundicé el misterio  
dice Luis á don Gonzalo:  
disponed como gustéis.

—Nada dispongo ni mando.  
Mis facultades os diera,  
obrad como buen hidalgo,  
que la pena de mi hija

me está la vida quitando;  
y si dentro de muy poco  
no está el asunto arreglado,  
os vais á Valladolid  
y yo mi Luz me la traigo.

Nada replica el doncél,  
para sí lo manda al diablo,  
y con su cómplice busca  
el modo de su adelanto.

¿Le vieron entrar? pregunta,

—Nadie, responde el criado.

—¿Le oirán?

—Es cosa imposible.

—¿Tiene escape?

—No hay un claro.

—¿Y la escalera?

—Quitada,  
y aquí la llavé del patio.  
Mañana al oscurecer  
firma, ó muere.

—Idos despacio,  
que es un valiente. Don Lope,

—¿Le temes?  
—Próbé sus brazos.

Si nó venimos los ocho,  
no se logra el sujetarlo.  
—Sírvele en el alimento  
aquel compuesto que usamos.  
—¿Y el viejo?

—Por él nos urge,  
que ha puesto al asunto plazo.

—Pues á probar si es posible  
á ese don Lope asustarlo.

Y una sonrisa infernal  
brilla al despedirse ambos  
en los rostros que semejan  
figuras de condenados.

### VIII.

Fria tarde de Noviembre,  
el cielo encapotan nubes,  
presagiando la tormenta  
que en el horizonte ruge.

La embocadura del Darro  
se pone de tintas lúgubres,  
y al estampido del trueno,  
las centellas se reúnen.  
Una avenida terrible  
que árboles troncha y desune,  
con olas de turbias aguas  
casi los pretiles cubre.

En el hondo calabozo  
don Lope siente que sube  
un barro que se liquida  
y le asfixia y le consume.  
No puede escalar el techo,  
no hay objeto que le ayude:  
la muerte con sus horrores,  
es el tormento que sufre.

En voces desesperadas  
aunque sin eco, prorrumpe:  
la Virgen le dé su amparo,  
otra esperanza es inútil.

### IX.

Dos hombres llegan al patio  
al irse la luz postrera;  
el uno tiene una llave,  
el otro opaca linterna.  
Seguros de no ser vistos  
abierto el postigo dejan,  
la trampa del calabozo  
suben, y la escala echan.

—Baja, dicé el caballero

—Eso nunca. —¿Por qué tiemblas?  
Cobarde.

—Cuanto queráis.

—Alumbra, y aquí sujeta.

Descendió los escalones  
don Luis, el agua le llega  
y sintiendo su frialdad

rápido en volverse piensa.

Pero don Lope á su cuello  
se lanza como una fiera

y aturdiéndole le arroja  
y en su lugar se presenta.

Antes que grite el criado  
también al fondo lo echa

recogiendo los cordeles  
y asegurando la puerta.

Salió sin que lo notaran  
y aunque llueve con violencia,  
al verse libre, en la calle,  
su pecho de gozo alienta.

A otro día, los sirvientes

á don Gonzalo despiertan  
dando voces de terror

que escucha la calle entera.

El agua de la avenida  
al hondo patio penetra,  
y la mazmorra rezuma

y el piso inunda y rellena.  
Flotando en la superficie

dos cadáveres se encuentran:

espanto pone el mirarlos,  
pronto la justicia llega.

Jamás se supó la causa  
de aquella terrible escena,  
y la ignora don Gonzalo

que á otro callar le interesá.

Apenas los funerales

con grande pompa celebran,  
y el tribunal le declara

exento de culpa y pena,  
en demandá de su hija

á santa Isabel se acerca.

¿A qué referir ahora  
la amorosa conferencia!

Tras del llanto, la alegría,  
después de invierno, primavera.

A un pueblo del señorío  
del hidalgo, se aposentán,

que por razones muy justas,  
ambos la ciudad detestan.

—  
¿Qué hizo don Lope? Marchó  
y sin perder un segundo  
en la corte penetró  
y el suceso refirió  
al rey Felipe Segundo.  
—Haz hecho bien, no te peno,  
pero jura que tu lengua.....  
que á la nobleza no es bueno  
que el vulgo cubra de mengua.  
Como remedio mejor  
darás este pergamino  
á mi antiguo servidor,  
que espero logre tu amor  
menos áspero camino.  
Quiero así recompensar  
el valor y la hidalguía.  
Dióle su mano á besar;  
por poco rompe á llorar  
don Lope de la alegría.  
Sin orden del soberano,  
del cariño en la efusion  
daba ya el padre tirano,  
no solo de Luz la mano,  
sino vida y corazón.  
También le agrada el galán,  
y el inquisidor cruento  
preso de idéntico afán,  
sin miedo del qué dirán

apresura el casamiento.  
Marchan de la dicha en pós.  
Si en bodas costumbre es  
que los felices sean dos,  
aquí por gracia de Dios,  
fueron los dichosos tres.

X.

Quedó el edificio á solas  
dos ó tres años lo menos.  
El conserje que lo guarda  
no puede vivir de miedo,  
que escucha en *el patio hondo*  
unos terribles lamentos  
que en el instante, de horror  
se le erizan los cabellos.  
Y aun hoy las viejas comadres  
refieren con gran misterio  
que allá en las noches oscuras,  
cuando resuenan los vientos  
y las fachadas azotan  
los copiosos aguaceros,  
y el *Dauro* por la tormenta  
crece con impetu inmenso,  
del callejón á que agobian  
los muros de dos conventos  
salen horribles quejidos  
de un sótano, que aunque ciego,  
es mansión de *almas en pena*  
que purgan sus desaciertos (1).

(1) El edificio mencionado es propiedad actualmente del presbítero D. V. C., aficionado y gran coleccionador de objetos antiguos. En el salón principal tiene un pequeño museo. La casa conserva, además de su estructura especial, algunos restos árabes, entre ellos un precioso corredor. La fachada principal es hoy tapiá del jardín.

# LA CUEVA DEL RENEGADO.

## Leyenda.

### I.

—Señor Antón de Céspedes, hago responsable á vos y á vuestros arcabuceros extremeños de la muerte de Avellaneda. Dareis cuenta á la reina de la pérdida de su page.

—Señor Capitán Borreguero; si la gente no se hubiese quedado en Beznar robando y matando, no sufriera tan récia acometida de la morisma. Salgamos de este maldonado puente de Tablate, donde nos ha traído nuestra desventura, y Dios proveerá.

—Parece que os causa miedo la caballería de Zair Ben-Atar, y los guerrilleros montañeses.

—A mí no me asustan todos los musulmanes juntos; eso queda para los que no pueden ostentar las honrosas cicatrices que yo tengo recibidas.

—Sois un insolente, alférez.

—Y vos un cobarde, que desde que no quise compartir la cadena de oro que arranqué al Match de Alhendin, que pereció á mis manos, solo buscáis ocasiones de perjudicarme.

—Veniros disimuladamente detrás de ese peñón, que es asunto que solo debe permitirse á los aceros. Despues os mandaré arcabucear.

—Sea como decís, y á nuestra conciencia dejo el resultado de lo que ocurra.

No fué el combate de larga duración. A la primera estocada cayó el capitán como muerto, y su antagonista, ocultándose, subió las breñas diciendo.

—De hoy más tiene Granada un campeón que la defienda, y Mahoma un adepto á sus doctrinas. Vamos en busca de mi amigo Reduan.

Tan desagradable escena ocurría en las primeras horas de la mañana del 24 de Abril de 1491.

La jornada del Padul fué desfavorable aquella vez al heróico rey Fernando, que combatido por los infieles de Lanjaron y las Alpujarras, tuvo que volverse á sus reales en la Vega, dejando el accidentado y poético Valle de Lecrin cubierto de ruinas y de cadáveres castellanos.

## II.

Antón de Céspedes cumplió su promesa. Se encuentra en Granada cambiado de traje y religion y enlazándose con una hermosísima doncella agarena de la familia de su amigo el Xequé de la infantería. Es uno de los que más se distinguen en la defensa de la ciudad, pero á pesar de tanto arrojo, no há podido borrar su sobrenombre. Le llaman *El Renegado*. Sabe que su enemigo sobrevivió á sus heridas y que se encuentra en los tercios. Como le atribuye todas sus desdichas, redobla su sed de muerte y de venganza. En la batalla de la Zubia estuvo á punto de conseguirla, pero la terrible carga del heróico Marqués de Cadiz, que puso en huida á los peones moriscos, se la impidieron, perdiendo su caballo y siendo levemente herido.

Cuando fueron ya públicas las noticias de la rendición de Granada, antes que se verificase el plazo, obtuvo su nueva familia un salvo conducto del Alcaide Abul-Cacin para trasladarse con sus bienes á Fez. Quisieron llevarlo en su compañía; pero suplicó lo dejaran hasta saciar su encono. Entonces quedó acompañándolo un negro de una fidelidad sin límites, y á quien había salvado la vida en una emboscada de los cristianos. Llegó el 2 de Enero, tan fatal para la raza musulmana, y los conquistadores se posesionaron de la perla del Occidente. No hubo perdón para los renegados, ni Céspedes lo hubiese nunca pedido, antes bién supo que de orden del nuevo Capitan general del reino, el conde de Tendilla le había pregouado y puesto en precio su cabeza.

No le extrañó semejante determinación, pero terco en sus ideas se ocultó en una cueva *del Cerro del Sol*, disfrazado de alfaquí y completamente desfigurado con una blanquísima barba. El negro era el único sabedor del refugio, de donde salía de noche como una fiera para acechar su caza.

Una de las en que se disponía á proseguir sus fines, llegó el negro jadeante á decirle que por conversaciones de de los soldados que guarnecian la *torre del Aceituno*, iban á registrar en su busca aquellos contornos.

El supuesto alfaquí se despojó inmediatamente de su traje, se puso un habito de fraile, y calándose la capucha ordenó al esclavo le esperase con dos caballos en el barranco oculto que existía á poco trecho de la puerta de *Bib-Guedaix*.

Con el nuevo disfraz se dirigió á la Plaza Larga, hablando con un judío un pequeño instante. Señas exactas recibiera, pues se dirigió á la puerta de una hostería establecida por un genovés de los abastecedores del campamento en la hoy calle de la Cruz Verde.

Pocos instantes esperó, pues el capitan Borreguero salió con ligeros pasos volviendo la esquina y penetrando en una oscura callejuela.

Agil como un tigre el fingido fraile lo alcanzó de un salto, y asestándole una terrible puñalada le dijo.

—Por tí he perdido mi Dios y mi honra; ahora me cobro del valor de ambas. El capitan no pudo murmurar un ay. Tenía la herida en el corazon.

Con tranquilos pasos y confiado en su respetado ropaje volvió al sitio donde deja-

ra al espia, y acompañado de él ganaron unas excusadas veredas hasta encontrar al fiel servidor.

Á caballo ambos, y al trote de los excelentes animales, amanecieron en las montañas, donde encontraron manera de ganar las costas africanas.

Un alguacil y varios soldados registraron las cuevas del apartado cerro. En una, solo el disfráz de santón fué el dato para esclarecer quien fuera el asesino del capitán, encontrado á la mañana siguiente. Desde entonces se llamó á el paraje la *Cueva del Renegado*.

### III.

En la actualidad se ha perdido su nombre, y estructura, desde que construido el acueducto para traer aguas á la Colegiata del Sacro-Monte, se denomina la antiquísima caverna, la *mina de la Luz*.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



---

# FRAILE Y MEDIO.

---

## Cuento.

### I.

Válgame el bendito patriarca San José, el que se venera en la iglesia parroquial de este título, y cómo se hallaba en olor de santidad la buena de la tía Sebastiana, la moradora en el n.º 4 de la calle de Bocanegra, en el año del Señor de 1614, solo por el hecho de ser madre y procreadora del lego más querido y más popular de la entonces opulenta orden de San Francisco, *Casa grande*, y por cuya sensible muerte, vestía riguroso luto tiempos hacía, no solo en el traje, sino en lo íntimo de sus entrañas.

Y no le faltaban razones para ello, aparte de lo que naturaleza dicta ante tan estrecho vínculo, pues tanto en el seno de la familia, como en el convento, sus cualidades le hacían ser una especie de héroe legendario entre sus compatriotas, por mas que su nombre quedara envuelto en las tinieblas del olvido, del que nosotros pretendemos sacarle, partidarios decididos como se nos llama de escudriñar los rincones olvidados de este destruido Albaicín, orgullo un tiempo por su industria y sus moradores, de la hermosa sultana que vive de lo que fué, con hártor dolor de sus amantes hijos, y grano el más robusto y saludable de aquella *Granada de rubies*, de los que cada uno era un populoso barrio, sus hojas millares de cármenes floridos, y su corteza un cinturón de mil torres que como pétalo coronaba una maravilla; la Alhambra.

Pero volvamos á nuestro asunto. Fray Antonio era en el comienzo de hace dos siglos, jóven todavía, por más que no pudiera calificársele de adolescente; grueso, de elevada estatura, facciones agradables y pronunciadas. Aunque su instrucción no estaba descuidada, jamás quiso pasar á mayores, ni menos ordenarse de misa, pues su vocación se satisfacía con ser hermano limosnero, y ayudar con su asiduo trabajo á la manifestación de los padres graves, y á el mayor brillo de la orden y de la Iglesia.

¿De qué provenía su fama, sus simpatías, y ese don especial para obtener donde quiera que llegaba tan abundantes colectas? En unos borrosos apuntes que tenemos á la vista, se describen así algunos de sus acontecimientos en el mundo.

Cuéntase que una mañana de Marzo, más fría de lo que ser debiera, marchaba detrás de su robusto jumento, cuyos enormes capachos esperaban llenarse en los cortijos limitrofes á Pinos de Genil,

La noche anterior había llovido, y al atravesar el vado de *Aguas-blancas*, encontró una pobre mujer pidiendo auxilio con voz enronquecida por la pena.

Al pasar el río en una endeble caballería con su niño en brazos, tropezó la bestia, cayendo al agua, y este fué arrebatado por la corriente, que á pocos pasos lo depositó exánime en unos matorrales de la márgen derecha. La oleada cenagosa lamía el terreno, y la criatura estaba á punto de perecer.

Fray Antonio se desnudó de su hábito y apoyándose en el grueso bastón que formaba su única compañía, entró animoso en las aguas. Aunque fuerte como un San Cristóbal, un hoyo oculto en medio del río, que formaba un peligroso remolino, le arrebatava para sumergirle. La cabeza es lo que ya quedaba fuera, cuando haciendo un vigoroso esfuerzo, pisó terreno más firme, y nadando llegó á las matas. Cogió en brazos al chico, le suministró unas gotas de cordial que á prevención llevaba siempre en el bolsillo, y cuando la madre acudia á darle las gracias, el hijo le tendía los brazos reanimado, y el buen lego aligeraba su borrico para excusarse de tan cariñosos testimonios. Pero la mujer con el júbilo de hallar en salvo á la prenda de sus entrañas, no quiso dejar así el lance y tomó un atajo, volvió al pueblo refiriendo al vecindario tan desinteresado heroísmo. Cuando Fray Antonio entró en Pinillos, las aclamaciones y vítores, se cruzaban con los abrazos y los convites, y excusado es añadir que la carga de limosna se completó con las provisiones más escogidas del lugar.

Otra vez quedóse á dormir en un inmenso cortijo de la sierra. Celebraban el bautismo del primer vástago del labrador, que era fecundo en parentela, y por este motivo del sexo débil, entre mozas y ancianas estaba representado por más de treinta individuos. Cenando estaban en la enorme cocina de la casa, y los hombres, en especial los que habían trasegado á su estómago el fruto de las viñas del collado de enfrente, elogiaban sus habilidades ante el concurso, tanto que hubiera podido creerse que se estaba delante de los siete sabios de la Grecia. Un pastor sabía más de estaciones que Copérnico, un gañán daba noticia de los granos de trigo que tendría la cosecha inmediata, y un vaquero afirmaba que sus reses sabían hablar, aunque solo de hocicos para adentro. Todas las miradas se fijaban en el fraile, que escuchaba en silencio tamañas atrocidades, y á quien correspondía que la Iglesia quedase en lo más alto del campanario. Para volver por los fueros de su clase y dar una lección á los incrédulos, tomó la palabra afirmando, que si los anteriores aseguraban tales conocimientos sin achacarlos á permisión divina, él con la ayuda de Dios iba á obrar un estupendo milagro.

—¿Quereis, dijo, encarándose con las hembras, quitaros una docena ó media de años?

—Sí, sí, respondieron en coro.

—Yo lo puedo y ahora estudiaremos la manera.

—¿Y con los hombres no reza semejante mandamiento?

—No llega á tanto mi poder.

—¿Y para qué apetecerá el *tio Gazpacho*, deshacerse de arrugas? preguntó con sorna una mozueta que cuidaba de los corrales.

—Para matrimoniar contigo, desvergonzada, respondió colérico el aludido, porque si no, los pavos de tu manada van á ser tus únicos pretendientes.

—Chitón, que lo primero nos importa más, habló una viuda que todavía se apretaba fuerté el nudo de la castaña. ¿Qué nos costará eso, Fray Antonio?

—De balde, hijas, de balde, yo lo hago para que conozcáis lo que puede el de allá arriba.

—Pues contra más pronto mejor, murmuraron las hembras formándole corro.

—Estoy corriente, mucho silencio y principio la operación.

No se escuchaba el ruido de una mosca.

El fraile pidió un canuto de hoja de lata que servía para guardar las bulas, y desdoblado un cuadernillo de papel que en unión de un tintero de cuerno, llevaba en la manga izquierda, ordenó que se le acercasen una á una todas aquellas mujeres.

—Habeis de decirme, y cuidado con faltar por nada á la verdad, aquí en público y con voz alta, los años que cada una teneis.

—¿Pero en público? interrogó la mayoría,

—Sí, señoras, y tan recio como si cantárais unas seguidillas.

No había más remedio que obedecer.

Cada una fué refiriendo su edad, que el fraile anotaba con sus nombres y apellidos escrupulosamente en los papeles.

Es más, les hacía á cada prójima figurar una cruz en el pliego, despues de su confesion, como seña inequívoca de que el guarismo saliera de sus labios.

—Esto no es posible, decían los zagales, pues bonito fuera que la tia Coscolina, que pasa de los setenta, se quedase mozueta y quisiera emparentar conmigo.

—Cállate, hombre, le contestaba otro por lo bajo, los frailes saben mucho.

Acabada la faena, Fray Antonio guardó los apuntes muy bien liados dentro del canuto, y pegó con cera derretida las tapaderas.

—Ahora á dormirnos tranquilamente; esta olla necesita veinte y cuatro horas para hervirse, y mañana á la noche sabremos todos si cumpla ó no cumpla mis promesas.

¡Con qué ansiedad esperaban la vuelta del fraile Antonio! Cuántas veces se asomaron á la cercana colina, por si descubrían sus venerables hábitos talaes!

Y la coincidencia fué, que aquella velada Fray Antonio conversó más de lo de costumbre con el Sr. Cura, y aun parece que estuvo dos ratos revolviendo librotos en la sacristía.

Por fin llegó la apetecida hora, cenaron en comunidad, y despues de la debida acción de gracias, el fraile puso una mesa delante de su sillón y más con sorna que gravemente, colocó en la tabla el canuto, y otro rollo pequeño de papeles.

—Acérquese Maruja, la de *los Covarrones*. Quietas; que yo iré llamando una á una. La interpelada se acercó algo confusa.

—Veamos, seguía el lego, anoche confesaste que tenias treinta y cinco años; como según la partida de bautismo que me han facilitado en la parroquia, naciste diez años antes, he aquí como he obrado el milagro, rebajándote esa decena, que te costará una limosna de otras tantas pesetas, para la obra de San Francisco.

La mujer no acertaba por donde escondérse.

—Maruja, la del tío Perico, que venga. Tú tenias anoche veinte primaveras, y como quiera que reza en el registro treinta y cuatro, esos catorce serán tu multa y véase como queda hecho el milágro.

Los hombres se morian de risa, pero á las tres ó cuatro interpeladas, lo movieron á barato, diciendo que era un engaño y tratando de arrebatarle los papeles á Fray Antonio.

—Silencio, ganado de tormenta, les dijo, poniéndose de pié: el milagro se ha verificado y consiste en que se descubra la vanidad y la pequeñez de nuestros espíritus. Para no enterar á sus convecinas, cada cual disminuyó su tiempo, pero la verdad se ha hecho camino, que los años y los bienes Dios los dá y Dios los quita. Pagad una limosna para el convento, y vayan á la lumbre los escritos, y que esta broma os enseñe en adelante vuestros deberes.

La solución fué del gusto de todo el sexo femenino, y aunque dió mucho que hablar despues á los mozuelos la treta del fraile, la memoria es frágil, todo se borra; y hasta algunas pretendieron que la quita de edades se había verificado, pues muy pocas aseguraban pasar de los cuarenta.

En una ocasión, como siempre su cometido era andar por los campos, tuvo la desgracia de encontrarse con una banda de malhechores. Traia de los cortijos de los montes, provisiones en abundancia, y el que las disfrutaran otros distintos de los para quienes iban destinadas, le sentaba pícaramente. A la fuerza tuvo que detenerse, y acercándose al capitán le preguntó si no hubiera medio de continuar su camino sin menoscabo.

Reflexionó el bandido, y le dijo:

—Uno encuentro. Hace años que no hemos escuchado un sermón, predicanos, y si gusta te dejaremos libre y con recompensa.

Pareció muy bién lo expuesto á la tropa, y Fray Antonio montado en su caballería hizo de tripas corazón, empezando en estos términos:

—Hermanos míos, el asunto de mi plática será demostraros que en todas las cosas menos en una, sois muy semejantes á Jesucristo.

—Corriente, bravo, dijeron enorgullecidos con la comparación. Veamos cómo es eso.

—De este modo. Nuestro divino Maestro anduvo huyendo y sufrió persecuciones de la justicia, como á vosotros ocurre.

—Verdad, contestaron.

—Padeció hambre y sed.

—Lo mismo.

—Fué azotado cruelmente.

—Ay, ay, exclamaron algunos restregándose las espaldas.

—Fué escarnecido y calumniado.

—Como nosotros, que nos llaman ladrones.

—Pues bién, añadió el fraile, en todas estas cosas os pareceis. Veamos en la que sois distintos.

Jesucristo murió crucificado, pero vosotros...